

IMAGEN Y REALIDAD DE LA
FRONTERA EN LA *HISTORIA DE LOS HECHOS*
DEL MARQUÉS DE CÁDIZ

JUAN LUIS CARRIAZO RUBIO
Universidad de Huelva

La frontera nazarí no es únicamente un elemento evocador del ocaso del Islam peninsular, ni tampoco un concepto geográfico más o menos teñido de particularidades culturales. La frontera implica ante todo un modo de vida, el de aquellos hombres que la temieron, se sintieron atraídos por ella y la habitaron. En la mayoría de los casos, sus actividades quedaron relegadas al olvido o al anonimato. Sin embargo, en otras ocasiones, la literatura, la historiografía o la propia documentación nos permiten reconstruir sus miedos y aspiraciones, sus hazañas y vilezas; y sobre todo, nos transmiten su concepción —particular o colectiva— del espacio y el tiempo en que vivían.

Contamos con relatos de cautivos liberados, con romances sobre amores imposibles entre cristianos y moros, con descripciones de viajeros y muchos otros testimonios directos de la vida en la frontera. Y, por supuesto, podemos recurrir a las crónicas. Las de los Reyes Católicos, impulsores de la fase final de la conquista cristiana de Al-Andalus, dedican una atención prioritaria a la frontera al narrar el desarrollo de la Guerra de Granada. Ahora bien, de la misma forma que los reyes hubieron de compartir con muchos nobles y ciudades la gloria de la conquista del exiguo y exhausto reino nazarí, la memoria histórica no quedó reducida a la composición de estas grandes crónicas “oficiales”. El recuerdo de aquella época heroica era patrimonio de todos cuantos la vivieron. No en vano, quedan pruebas signifi-

cativas de esta necesidad de recordar los méritos adquiridos¹. Necesidad que se hace particularmente intensa en el caso de los linajes nobiliarios.

La alta nobleza, al igual que la monarquía, recurre a la historia para perpetuarse y justificar su propia existencia. Desde un principio, la ciencia genealógica no se limita al establecimiento de las diversas ramas de una familia y sus líneas de sucesión, sino que asocia los personajes a sus hechos en un intento de mostrar las cualidades esenciales y más relevantes de la sangre que les une. El recuerdo de los antepasados proporciona unas señas de identidad que ligan internamente al linaje y lo diferencian de otros linajes y del resto del cuerpo social. Además, la semblanza de estos predecesores impone en muchas ocasiones pautas de comportamiento a los herederos de la Casa.

De todo ello es ejemplo más que notable el linaje de los Ponce de León y, particularmente, su rama andaluza². Procedentes de tierras zamoranas³, desde el

¹ Por citar un ejemplo, recordemos el analizado por R. SÁNCHEZ SAUS: «La frontera en la caracterización de la aristocracia andaluza. El memorial de servicios de los Orbaneja de Jerez (1488)», *Historia, Instituciones, Documentos*, 13 (1986), págs. 283-313.

² Las principales obras genealógicas sobre la Casa de Arcos son las de L. de PADILLA: *Crónica de la ilustrísima casa de los Ponces de León* (Real Academia de la Historia, Col. Salazar y Castro, B-17), F. de RADES Y ANDRADA: *Genealogía de los Ponces de León* (Biblioteca Nacional de Madrid, Mss., 11.596, f. 138r-161v), P. SALAZAR DE MENDOZA: *Crónica de la excelentísima casa de los Ponces de León* (Toledo, 1620), G. MENDOZA Y SEGOVIA, marqués de Mondéjar: *Memorias históricas y genealógicas de la casa de los Ponces de León* (Biblioteca Nacional de Madrid, Mss., 3.147) y F. RUANO: *Casa de Cabrera en Córdoba* (Córdoba, 1779). Ya en nuestro siglo, retoman la línea de las anteriores los trabajos de J. MORENO DE GUERRA: «Los Ponce de León», *Revista de Historia y de Genealogía Española*, I (1912), págs. 472-481, 511-520, 543-560 y 573; y A. GARCÍA CARRAFFA: *Enciclopedia heráldica y genealógica hispano-americana*, Madrid, tomo 20 (1925), págs. 119-137 y tomo 73 (1954), págs. 37-98.

Estudios modernos tanto desde la genealogía como desde la historia del linaje propiamente dicha aparecen contenidos en los siguientes trabajos: S. de MOXO: «De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la Baja Edad Media», *Cuadernos de Historia*, 3 (1969), págs. 123-127; M. A. LADERO QUESADA: *Andalucía en el siglo XV. Estudios de historia política* (Madrid, 1973), págs. 19-28; R. SÁNCHEZ SAUS: *Caballería y linaje en la Sevilla medieval* (Sevilla, 1989), págs. 345-366; A. FRANCO SILVA: «La villa de Marchena en la Baja Edad Media. Linaje, rentas, posesiones y ordenanzas», *Actas de las II Jornadas sobre Historia de Marchena* (Marchena, 1997), págs. 309-344. Son muchos más los estudios que total o parcialmente arrojan luz sobre distintas cuestiones relacionadas con los Ponce de León y sus señoríos. Mencionarlos todos resultaría excesivamente prolijo. Sí quiero citar, en cambio, dos tesis doctorales realizadas en los últimos años: la de David GARCÍA HERNÁN: *Los grandes de España en época de Felipe II: los duques de Arcos* (Madrid, 1993), y la de Federico DEVÍS MÁRQUEZ: *La Casa de Arcos al término de la Edad Media: la formación de los señoríos de Zahara y la Serranía de Villaluenga* (Madrid, 1996).

³ M. GAIBROIS: *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, tomo I (Madrid, 1922), pág. 83.

siglo XII experimentan un ascenso progresivo que les lleva a emparentar con la familia real y a ostentar cargos cercanos al monarca. A comienzos del siglo XIV, un segundón de la rama principal, don Fernán Pérez Ponce, casa con una hija de Guzmán el Bueno y recibe algunas posesiones próximas a la frontera⁴. Curiosamente, la frontera y la Casa de Guzmán serán las principales preocupaciones de los Ponce de León al expirar el Medievo⁵. Desde el establecimiento de Fernán Pérez Ponce y la obtención del señorío de Marchena, esta rama andaluza del linaje —que a la postre será la que subsista— se vinculará sólidamente al devenir histórico de la región. Los cronistas y genealogistas de la Casa refieren la participación de los distintos señores de Marchena en los hechos militares más relevantes durante los siglos XIV y XV. La propia ubicación de algunas de las plazas que integraban el señorío propiciaba esta «vocación» fronteriza del linaje, pero, en cualquier caso, los Ponce habían hecho de la frontera su forma de vida⁶.

⁴ La boda tuvo lugar en Sevilla en 1303. Me he ocupado en otro lugar de los problemas que plantea la dote ofrecida por Alonso Pérez de Guzmán (J. L. CARRIAZO RUBIO: «Marchena y los Ponce de León: elementos de un debate historiográfico», *Actas de las II Jornadas sobre Historia de Marchena*, Marchena, 1997, págs. 13-50). En 1304, Fernando IV hizo merced a Fernán Pérez Ponce de las localidades de Bornos y Espera, en el término de Arcos de la Frontera, y algunas otras aldeas. Son lugares de gran importancia estratégica. «Las posiciones de Bornos y Espera aseguraban la defensa de Arcos por el Guadalete y, sobre todo, protegían el acceso al interior de la Campiña sevillana por el camino natural del sur» (M. GARCÍA FERNÁNDEZ: *El Reino de Sevilla en tiempos de Alfonso XI (1312-1350)*, Sevilla, 1989, pág. 182). Sin lugar a dudas, desde su asentamiento en Andalucía, los Ponce de León tendían a integrarse en el selecto grupo de «las principales estirpes destinadas a sostener la Frontera» (S. de MOXO: «La sociedad política castellana en la época de Alfonso XI», *Cuadernos de Historia*, 6, 1975, pág. 230).

⁵ El enfrentamiento entre Ponces y Guzmanes en el reino de Sevilla adquirió dimensiones extraordinarias, de auténtica guerra civil. Véase el trabajo de C. M. FERNÁNDEZ DE LIENCRES: «Inestabilidad política y hacienda en el siglo XV: el enfrentamiento entre el duque de Medina-Sidonia y el marqués de Cádiz», *Actas del VI Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía: «Las ciudades andaluzas (siglos XIII-XVI)»* (Málaga, 1991), págs. 525-535.

⁶ Sobre esta caracterización de los Ponce como «señores de la guerra» véanse los estudios del profesor M. ROJAS GABRIEL: «La señorialización de una marca fronteriza», *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista* (Málaga, 1988), págs. 131-152; «En torno al «liderazgo» nobiliario en la frontera occidental granadina durante el siglo XV», *Historia, Instituciones, Documentos*, 20 (1993), págs. 499-522; y «La capacidad militar de la nobleza en la frontera con Granada. El ejemplo de don Juan Ponce de León, II Conde de Arcos y señor de Marchena», *Historia, Instituciones, Documentos*, 22 (1995), págs. 497-532; así como los datos contenidos en *La frontera entre los reinos de Sevilla y Granada en el siglo XV (1390-1481). Un ensayo sobre la violencia y sus manifestaciones* (Cádiz, 1995). También resulta de interés el artículo del profesor R. SÁNCHEZ SAUS: «Aristocracia y frontera en la Andalucía Medieval», *Estudios de Historia y de Arqueología Medievales*, XI (1996), págs. 191-215.

Las pautas de comportamiento exhibidas por los señores de Marchena y luego condes de Arcos durante casi dos siglos cristalizarán en la que habrá de ser la figura más destacada del linaje: don Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz⁷. Don Rodrigo será para la Casa de Arcos lo que Guzmán el Bueno representaba ya para la de Medina Sidonia, con la única salvedad de que no puede adornársele con los rasgos de héroe fundador⁸. El linaje de Guzmán se presentaba como origen de la más alta nobleza afincada en Andalucía. Los matrimonios de las hijas de Guzmán el Bueno con Fernán Pérez Ponce y Luis de la Cerda harán a Barrantes Maldonado afirmar que en «*la largueza del docte de sus hijas... tienen principio muchas casas de duques, condes, marqueses de Hespaña*»⁹. Pero Barrantes se limitaba a constatar lo que ya era aceptado de manera general. Existen testimonios del propio siglo XV que presentan como asumida esta dependencia de las casas de Medinaceli y Arcos respecto a la de Niebla. La primacía económica y política de los duques de Medina Sidonia se extiende así al ámbito historiográfico¹⁰.

⁷ La única monografía sobre este personaje es la de E. PONCE DE LEÓN Y FREYRE: *El marqués de Cádiz, 1443-1492* (Madrid, 1949; existe una segunda edición en Cádiz, 1988), que se atiene en exceso a la herencia historiográfica del biografiado.

⁸ La visión que la casa de Niebla tenía de los hechos de Guzmán el Bueno rebasa en ocasiones lo novelesco. Junto al gesto heroico de Tarifa, episodios como los del león y la sierpe de Fez perdurarán en la memoria del linaje hasta quedar definitivamente recogidos en las grandes crónicas de P. BARRANTES MALDONADO («Ilustraciones de la Casa de Niebla», *Memorial Histórico Español*, tomos IX y X, 1857) y de P. de MEDINA («Crónica de los Duques de Medina Sidonia», *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXXIX, 1861).

⁹ P. BARRANTES MALDONADO: *ob. cit.*, vol. I, pág. 8.

¹⁰ De principios del siglo XV es una obrita erróneamente atribuida a mosén Diego de Valera que, bajo el título *Origen de la Casa de Guzmán*, se dedica fundamentalmente a narrar de forma novelada las hazañas del primer Guzmán andaluz y que describe las circunstancias del encuentro con los jóvenes esposos de sus hijas. Fernán Pérez Ponce es presentado como un joven noble que «*no contento de la proveza en que vivía, quiso ensayar su bentura de la manera que provó don Alonso Pérez de Guzmán*», pasando a África (Biblioteca Nacional de Madrid, Mss. 17.909, f. 123v). Un Guzmán rico, influyente, caritativo y magnánimo siente simpatía hacia el desconocido y decide ofrecerle su hija en matrimonio, con una dote más que generosa. Sobre esta obra, véase lo escrito por don Juan de Mata CARRIAZO Y ARROQUIA en el estudio preliminar de su edición de la *Crónica de los Reyes Católicos* de Diego de Valera (Madrid, 1927, pág. XCIX) y por Miguel Ángel LADERO QUESADA («Castilla y la batalla del Estrecho en torno a 1292: la toma de Tarifa», *Almoraima, Revista de Estudios Campogibraltareños*, n.º 9, 1993, Actas de las II Jornadas de Historia del Campo de Gibraltar, pág. 20). La narración recogida por el supuesto Valera debió tener éxito. Cuando Diego Hernández de Mendoza a finales del siglo XV (ca. 1496) compone su *Libro de la armerya* (título del código C-IV-9 de la Biblioteca del Monasterio de El Escorial), en el epígrafe dedicado a los Ponce de León (f. 163r-164v) refiere como hecho más destacable del fundador de la rama andaluza del linaje su encuentro casual con Guzmán el Bueno. Tal vez la dependencia e inferioridad que manifiesta esta narración no agradara ya a los Ponce, en creciente rivalidad con los todopoderosos duques de Medi-

Frente al protagonismo de Alonso Pérez de Guzmán en la creación del patrimonio de la Casa de Arcos, parece que quisiera alzarse ésta última al evocar las hazañas del marqués de Cádiz. Analizando la repercusión de ambas figuras en la producción de carácter genealógico e historiográfico de los dos linajes, observamos gran similitud. Suponen, en cierto sentido, la ruptura de los lazos que les atan a familiares más poderosos e influyentes, la independencia conseguida con el propio esfuerzo, la afirmación, en suma, de las posibilidades de éxito de unos proyectos personales que entraban en colisión con la jerarquía establecida dentro del propio estamento¹¹.

Desde luego, la huella indeleble de ambos personajes en sus correspondientes –y frecuentemente enfrentadas– tradiciones historiográficas no es fruto del azar. Existe, desde el mismo momento de su desaparición, un interés consciente de los sucesores por conservar su recuerdo en la memoria colectiva del grupo, lo que les convertirá en auténticos signos de identidad del linaje, muchas veces imitados pero nunca superados. Y hablo de tradiciones historiográficas de manera genérica porque esta evocación constante adopta multitud de formas, que se materializan en función de los canales y medios de transmisión a que están destinadas.

Ahora bien, en el caso de la historiografía del marqués de Cádiz, contamos con un testimonio esencial: el que aporta su propia crónica, redactada con bastante probabilidad al poco de morir don Rodrigo¹². Se trata de un texto interesante por varios motivos. En primer lugar, por la relevancia histórica del personaje, en

na Sidonia. Debo expresar aquí mi agradecimiento a D. Pedro VALVERDE OGALLAR por haberme facilitado estos y otros datos procedentes de su tesis de licenciatura, presentada en el Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense de Madrid con el título *El Libro de armería de Diego Hernández de Mendoza*. Actualmente, realiza su tesis doctoral sobre esta interesantísima fuente de la historiografía genealógica y nobiliaria castellana.

¹¹ De la misma forma que las historias de la Casa de Niebla presentan a un Alonso Pérez de Guzmán respondiendo orgullosamente al insulto y la actitud prepotente del hermano primogénito, Rodrigo Ponce de León, en su crónica, no tiene reparo alguno al plantar cara al duque de Medina Sidonia tras la conquista de Gibraltar. Son meras coincidencias, probablemente, pero expresan un mismo estado de ánimo y una misma toma de conciencia de la prioridad del individuo y sus méritos frente a cualquier otra consideración.

¹² Por supuesto, no hubo de ser el único escrito que recordara las hazañas del héroe difunto. Al año siguiente de su muerte, fray Juan de Padilla publicó en Sevilla *El laberinto del Duque de Cádiz, Ponce de León*, poema en 150 coplas del que da noticia F. J. SÁNCHEZ CANTÓN: «Floreto de anécdotas y noticias diversas que recopiló un fraile dominico residente en Sevilla, a mediados del siglo XVI», *Memorial Histórico Español*, XLVIII (1948), pág. 36, nota 2. Mucho más conocido es el elogio fúnebre que incluye Andrés BERNÁLDEZ, cura de los Palacios, en sus *Memorias del reinado de los Reyes Católicos* (ed. de M. Gómez-Moreno y J. de M. Carriazo, Madrid, 1962, págs. 238-240).

un contexto fundamentalmente regional; pero también, por la relativa escasez de crónicas particulares conservadas¹³ y por contener abundantes descripciones de ese mundo fronterizo que aquí nos ocupa. No en vano, la gloria alcanzada por el marqués de Cádiz provino por entero de su actividad militar en la frontera granadina. Esta actividad supuso además la adquisición de nuevos territorios sobre los que extender la jurisdicción señorial de los Ponce de León, y una ocasión inmejorable para demostrar la adhesión al proyecto político dirigido por la monarquía de los Reyes Católicos.

El texto es de sobra conocido por cuantos se dedican al estudio de la frontera nazarí en su última época. Sin embargo, hasta su edición en 1893 por el marqués de la Fuensanta del Valle¹⁴, el manuscrito sufrió largos siglos de silencio. Las numerosas obras que, antes de esta fecha y vinculadas o no a la Casa de Arcos, recogen las hazañas de don Rodrigo Ponce de León no mencionan en ningún caso la *Historia* como fuente. Podría decirse que había permanecido totalmente olvidada. Es más, ni siquiera el esfuerzo del editor remedió de forma inmediata esta situación¹⁵.

Realmente, el primer investigador que sometió el texto a un análisis riguroso fue don Juan de Mata Carriazo y Arroquia. En su extensa y rica introducción a la edición de la *Crónica de los Reyes Católicos* de Mosén Diego de Valera dedicó algunas páginas a comparar las noticias sobre la Guerra de Granada que aporta Valera con las que incluye la *Historia del Marqués*¹⁶. El interés de don Juan de Mata se explica por el paralelismo existente entre ambas narraciones; lo que no impide que sus notas sobre el manuscrito¹⁷ y sus observaciones sobre el momento de redac-

¹³ Angus MACKAY ha señalado la importancia de este tipo de literatura para la afirmación del linaje: «it is also a remarkable fact that much of this written evidence was itself the product of lineage-bando culture. Both the *Chronicle of Miguel Lucas de Iranzo* and the *History of the Deeds of the Marquis of Cádiz*, for example, promote the fame and glory of the *pariente mayor* and his *bando*» («Religion, Culture, and Ideology on the Late Medieval Castilian-Granadan Frontier», *Medieval Frontier Societies*, Oxford, 1989, pág. 237).

¹⁴ *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, tomo CVI (1893), págs. 145-317.

¹⁵ Ángel del ARCO Y MOLINERO, en sus *Glorias de la nobleza española* (Tarragona, 1899, págs. 318-323), desconoce el texto rescatado en 1893 y sigue citando a los autores clásicos: Argote de Molina, Bernáldez, Palencia, Garibay.

¹⁶ Diego de VALERA: *Crónica de los Reyes Católicos*, Revista de Filología Española, Anejo VIII (Madrid, 1927), estudio preliminar, págs. CXXI-CLIII.

¹⁷ La *Historia de los hechos del marqués de Cádiz* se conserva en un único manuscrito (Biblioteca Nacional de Madrid, Mss., 2.089). No he encontrado referencias antiguas ni modernas que prueben la existencia de otras copias.

ción, la personalidad del autor o las fuentes empleadas por éste sean las más extensas escritas hasta la fecha, setenta años después.

Es cierto que muchos han recurrido posteriormente a las noticias ofrecidas por el texto. El propio Carriazo lo hizo con acierto en su «Historia de la Guerra de Granada»¹⁸. En fecha más reciente, la *Historia del marqués* ha proporcionado argumentos en no pocas ocasiones a diversos estudiosos de la nobleza andaluza y la frontera¹⁹.

En efecto, la *Historia de los hechos del marqués de Cádiz* sólo puede entenderse por completo analizando los esquemas de pensamiento de la alta nobleza andaluza de fines del siglo XV. El texto sigue formalmente el patrón de las crónicas, participa del género biográfico menos de lo que cabría esperar –dado el carácter excesivamente sesgado de la selección de los temas– y presenta un evidente sustrato ideológico caballeresco, al uso en la Castilla de la época. Se ha señalado que «no es totalmente ajena la biografía española del siglo XV, por su forma indecisa, a la estructura de la crónica, que se introduce subrepticamente de vez en cuando en la biografía breve de Pérez de Guzmán o Pulgar y con más amplio desarrollo en las crónicas biográficas»²⁰. El propio autor advierte que no pretende sino reflejar las hazañas del héroe, dejando de lado otros aspectos de la personalidad y la vida de don Rodrigo Ponce de León:

*«De todas las cosas que este marqués de Cádiz fizo en las cosas del mundo, non queremos aquí facer mención, porque serían largas de contar, e otras escrituras habrá que hablarán cerca de ello largamente; mas solamente queremos decir de sus grandes victorias y vencimientos que en los moros fizo, favoreciendo y ensalzando la santa fe de Jesucristo»*²¹.

Lo primero que llama la atención es la ausencia de referencias a la genealogía del protagonista. Sólo aparece, y muy desdibujada, la figura de su padre. Un conde don Juan que cumple en el texto como única misión la de transmitir la iniciativa militar y el gobierno de la Casa al hijo predilecto. En ningún momento se habla de

¹⁸ *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, tomo XVII, volumen I, Madrid, 1969, págs. 387-914.

¹⁹ M. A. LADERO QUESADA, por ejemplo, ha encontrado en ella argumentos más que suficientes para definir uno de los diversos modelos de héroes que produjo la frontera («El héroe en la frontera de Granada», *Cuadernos del CEMYR*, 1 «Los héroes medievales», Tenerife, 1993, págs. 95-99).

²⁰ J. L. ROMERO: «Sobre la biografía española del siglo XV y los ideales de vida», *Cuadernos de Historia de España*, I y II (1944), pág. 121.

²¹ «Historia de los hechos del marqués de Cádiz» *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, tomo CVI, 1893 (en adelante, *Historia*), pág. 161.

los antepasados²². Es más, la genealogía real es sustituida por una genealogía ideal que emparenta al héroe con otros caballeros ya míticos: Fernán González, el Cid y el maestre santiaguista Pelay Pérez Correa²³. Glosar las hazañas de sus ancestros hubiera restado protagonismo al marqués, y no interesaba ésto, sino todo lo contrario. Era él quien debía eclipsar con su gloria cualquier referente anterior del linaje. Para ello, el anónimo autor de la *Historia* no tenía más que ordenar la información que le proporcionaban los testimonios documentales de que dispuso y a los que tuvo un acceso privilegiado, y añadir algunos recuerdos más o menos personales. Aunque cualquier suposición sobre la autoría no va más allá de lo meramente hipotético, en ocasiones el autor se nos presenta de improviso²⁴.

La figura del marqués adopta a lo largo del texto perfiles netamente caballescros, con una función muy bien definida: servir a Dios y a los reyes, lo cual equivalía a participar activamente en la lucha contra el Islam en la frontera. Es ésta la que genera al héroe y le da sentido. Realmente, el personaje nace como tal en su primer enfrentamiento armado con los musulmanes. En este momento trascendental le acompaña una figura relevante en la narración: «*su buen caballero*» Luis de Pernía, alcaide de Osuna, quien aconseja y protege al joven Rodrigo en sus primeros pasos por la frontera. Cuando el alcaide, preocupado por la responsabilidad que suponía velar por la integridad del heredero del conde de Arcos, le intenta persuadir para que no se enfrente a un número superior de enemigos, Rodrigo le contesta: «*yo os tengo por padre*»²⁵. Con la victoria posterior, podemos decir que ha nacido el héroe. La batalla del Madroño siempre será recordada por la historiografía

²² Sólo aparecen menciones vagas al linaje en su conjunto, como la del duque de Medina Sidonia, que alaba al marqués en los términos siguientes: «*bien ha parecido vuestra gran virtud y nobleza, y no se esperaba menos de vos, ni podistes negar la limpieza del linaje donde venís*» (pág. 173).

²³ J. B. AVALLE-ARCE ha estudiado la influencia de una crónica de éste último en la *Historia de los hechos del marqués*: «Una crónica medieval perdida», *Boletín de la Real Academia Española*, tomo 42 (1962), págs. 255-297.

²⁴ Por ejemplo, «*suplicando a la Santísima Trinidad mi flaco entendimiento lo quiera alumbrar, porque esta breve escriptura sin la su ayuda non se puede acabar, y pidiendo por merced a todos los discretos, si alguna falta en mi decir a sus entendimientos pareciere, la corrijan y enmienden, y resciban mi buen deseo, gana y razón que me movió, sin ser rogado, nin tener necesidad, ni otro conocimiento de mercedes que por ello rescibiese, salvo de mi propia voluntad, sojudgado a una virtud que los fijodalgo son obligados con todas sus fuerzas procurar la honrra y memoria de los nobles caballeros, porque su virtuosa fama no perezca, mas antes sea acrecentada en los corazones de los buenos, y sus grandes y famosas virtudes me dieron cabsa haber de dezir y recontar de los fechos virtuosos de este tan noble y tan esforzado caballero*» (*Historia*, págs. 150-151).

²⁵ *Ibidem*, pág. 165.

fía de la Casa y por el propio marqués²⁶. A partir de aquí, y salvo las páginas dedicadas a explicar los motivos del enfrentamiento con el duque de Medina Sidonia (producto, claro está, de sus deslealtades y traiciones)²⁷, la *Historia* relata la participación de don Rodrigo en las distintas acciones fronterizas hasta 1488, en que queda interrumpido el manuscrito.

La frontera es el escenario real sobre el cual se proyecta una imagen preestablecida de héroe en la más clásica tradición literaria castellana, y de acuerdo con los presupuestos político-religiosos y las «modas» del momento. Rodrigo, nuevo Cid o nuevo Fernán González, es la imagen del caballero perfecto, exterior e interiormente. La idealización de sus facciones y su figura va acompañada de una pulcritud en el vestir y el armamento que se transmite al conjunto de sus vasallos²⁸. Entre las muchas virtudes de todo tipo que le adornan, sobresalen el valor en la guerra y la cortesía con los reyes, con sus iguales e incluso con el enemigo vencido²⁹; sin

²⁶ Cuando expone los servicios prestados como argumento de sus pretensiones sobre Zahara, recuerda *«las cosas en que me hallé en la guerra de los moros antes que sus altezas reynasen, espeçialmente en la del Madroño, donde fue desbaratado el rey de Granada e se derramó asaz sangre de mi persona»* (M. A. LADERO QUESADA: *Los mudéjares de Castilla en tiempos de Isabel I*, Valladolid, 1969, pág. 95).

²⁷ A raíz de la toma de Cardela por los moros se le presenta como *«persona que se apartó de la unión y santa fe católica, habiéndose concertado con el rey moro para hacer tan grande ofensa a la Santísima Trinidad, y a toda la cristiandad y a la corona real de Castilla, la cual injuria, Dios ni el santo Padre nin los reyes debían perdonar»* (*Historia*, pág. 183). Por si fuera poco, el duque había recibido también en su pugna con Rodrigo Ponce de León el apoyo de los conversos de Sevilla, que *«eran muchos y muy ricos, y muy armados, y aficionados a la casa de Niebla»* (ibídem, pág. 176).

²⁸ *«El marqués se partió para sus altezas (...) muy ricamente adornado, con cincuenta caballeros, todos en mulas, vestidos de brocados y seda y cadenas de oro; sus mozos de espuelas, crecidos y bien vestidos, y cada caballero, dos caballos y dos pajes, y muy polidos arneses tranzados, los capacetes muy guarnidos de oro y plata, con sus velas coloradas, con unas largas letras de oro que decía: «Esperanza en la fe». E el marqués llevaba seis caballos de su persona, muy escogidos, sus armas e ricos jaezes eran de gran valor, e todos sus pajes ricamente vestidos; treinta acémilas con camas, e otros muchos atavíos de ricas cosas, según convenía a su grande estado, y con ellas asaz gente bien ataviada y bien castigada, que por doquier que iban jamás enojaban a ninguna presona»* (*Historia*, pág. 296).

²⁹ El valor incansable de Rodrigo contrasta con la cualidad más deshonrosa en el campo de batalla: la cobardía y la deserción. Aunque el alcaide que entrega Montecorto a los moros, *«por la cobardía que cometió no queriendo defenderse, teniendo muchas armas, mantenimientos y gentes para ello, fuese digno de muerte, según lo disponen e mandan las leyes destos reynos de Castilla, el marqués lo perdonó, dándole por pena la vergüenza que de caso tan feo para siempre le quedaba»* (*Historia*, pág. 196). En Loja, *«los hombres de armas que estaban en las estanças que eran del duque de Alba e del conde de Feria e de don Juan, señor de Alconchel, desmampararonlas sin ninguna vergüenza, e los moros las tomaron»*. Al instante, el marqués *«levantóse a muy gran priesa e tomó unas corazas e un adaraga e una espada en la mano, e cabalgó en un caballo, e salió como un león bravo»* (ibídem, pág. 212), transfigurándose en su propio emblema heráldico. El contrapunto caballeresco a esta agresividad (en ocasiones,

olvidar la liberalidad con propios y extraños³⁰. Todo ello explica el respeto que despierta entre los musulmanes, que le temen al tiempo que demandan su presencia para entregar las plazas y fortalezas. En el bando cristiano, produce la admiración en unos y la envidia en otros³¹. Su consejo es del más alto valor para los reyes. Cuando no se sigue, los castellanos están abocados al desastre.

En cierta forma, Rodrigo aparece señalado también por la divinidad. Su piedad religiosa le lleva a recibir revelaciones de la Virgen y a disfrutar de una protección que le garantiza la victoria en cualquier circunstancia³². Hasta su matrimonio

cruel –pág. 243–), viene dado por el trato cortés que dispensa a los reyes. En Archidona ofreció a Isabel «*muy grandes fiestas; e donde la Reyna comió, tenía una muy rica mesa, e puesto a las espaldas, un paño muy rico de brocado e otro por cielo, e su aparador muy compuesto, con una muy rica vaxilla de plata blanca, e ciertas piezas, tanto doradas, que parecían todas de oro; mucho pan blanco muy esmerado, e muy finos vinos, muchas frutas, aves e otras carnes, e muchas otras cosas de miel e de azúcar, fechas de diversas maneras, según el tiempo; conservas e aguas muy odoríferas que la marquesa le había enviado*» (pág. 258). Según BERNÁLDEZ, «*las damas lo lloraron muy mucho en casa del rey, que lo amaban mucho, porque las servía e dava mucho. E lo conocían de cómo recevía e acompañava a la reina e a ellas en tierra de moros; porque llevándolo la reina e ellas cerca de sí, fazían cuenta que llevaban al Cid Ruy Díaz en su tiempo; porque los moros le temían tanto, que donde quiera que sabían que iba e conocían su vadera non esperavan ni ossavan pelear*» (Memorias..., ob. cit., pág. 238).

³⁰ Tras la victoria en una escaramuza, vienen los premios: «*El marqués presentó al rey treinta caballos con sus jaezes muy ricos, e toda la otra presa repartió por los caballeros, e dio mucha cantidad della al moro que había traído el ardid, e lo tornó cristiano, e le fizo mucha fiesta y honrra; y el marqués mandó dar a las mujeres e hijos de los que allí murieron asaz cantidad de sus haberes para que se pudiesen socorrer todos los días de su vida, e con esto que el marqués facía, todos le amaban servir, y sin ningún miedo de sus vidas se ponían a los peligros*» (Historia, pág. 271).

³¹ Esta última proviene, según el autor, de los favores que los monarcas dispensaban a don Rodrigo: «*como quiera que entre su alteza y la reina doña Isabel, su mujer, y el marqués de Cádiz ya estaba dado asiento y la orden de todo lo que se había de facer; mas el rey, como virtuoso y de gran seso, por apartar el gran celo que muchos de los grandes tenían del marqués de Cádiz, por la gran cuenta que sus altezas dél facían, mandó llamar todos los grandes para haber consejo con ellos*» (Historia, págs. 266-267).

³² «*Seyendo de edad de diez e ocho años, estando al mandamiento del conde don Juan, su padre, en la su villa de Marchena, su deseo era muy grande de se fallar en alguna batalla peleando contra los moros infieles; y este caballero era muy devoto de Nuestra Señora la Virgen María, secretamente, ante la cual imagen cada día dos veces él facía una muy devota oración pidiéndole por merced le quisiese cumplir aquel deseo que tenía. E un día estando en esta oración, le apareció Nuestra Señora la Virgen María visiblemente, e le dijo: «¡Oh buen cauallero, devoto mío! Sepas por cierto, que mi amado fijo Jesucristo e yo habemos rescebido tu oración, y por ser fecha tan continua y con tan limpio deseo de corazón, te otorgamos que en todas cuantas batallas de moros te fallares, serás vencedor*»» (Historia, pág. 162). Al narrar la derrota de la Axarquía, el anónimo cronista introduce una información realmente curiosa: «*yo fui certificado de dos caballeros de mucha fe que allí fueron cabtivos, e después salieron, que muchas veces oyeron decir a los moros que cuando iban aquella noche en el alcance del marqués, que a su pensar, todavía lo alcanzaran, salvo que vieron delante de sí dos caballeros en dos caballos blancos muy grandes,*

con doña Beatriz Pacheco —la marquesa— adopta formas de amor honesto y cristiano³³. Todo ello adorna a un personaje cuya única obsesión es el logro de una meta encomendada por Dios a los reyes y a él mismo³⁴. Ni que decir tiene que el cumplimiento de su misión le augura la más preciada de las recompensas³⁵.

armados en blanco con cruces coloradas e las espadas en las manos, que tan grande era su resplandor, que relumbraban más que si fuera en medio del día con gran sol, e mucha gente armada con ellos; e fue tan grande el temor y espanto que los moros ovieron, que todos volvieron fuyendo más de una legua, pensando de nunca escapar (...). E dixeron algunos de los más ancianos: «verdaderamente esto non puede ser otra cosa sino milagro que Alá quiso mostrar por salvar al marqués, que es buen caballero; e todos los otros moros dixeron que así lo cretan» (ibídem, págs. 223-224). Protección divina, al fin y al cabo.

³³ Tras la toma de Moclín, «mandaron el marqués y la marquesa, su mujer, que era muy noble, virtuosa y devotísima cristiana, decir diez misas de la Concepción de Nuestra Señora la Virgen María, Madre de Dios, cantadas muy solemnemente, con muchos clérigos y ornamentos muy ricos, y con órganos, y en cada una misa, un sermón muy solemne, todos de loores y alabanzas de Nuestra Señora, e hicieron muchas limosnas de secreto en aquellos lugares que más lo habían menester (...). Los cuales fueron siempre mucho buenos casados en grande honra, paz y mucha honestidad» (Historia, pág. 261). En otro lugar se nos dice que Beatriz era para su esposo «la cosa que él más amaba, por sus grandes virtudes y santa vida» (ibídem, 293). El texto no proporciona más detalles sobre la personalidad de la marquesa, cuya actuación queda limitada a aguardar al marido victorioso. Recientemente, he tenido ocasión de acercarme a su faceta más devota: J. L. CARRIAZO RUBIO: «Carmona en el testamento de doña Beatriz Pacheco, duquesa de Arcos», *Actas del I Congreso de Historia de Carmona. Historia medieval* (en prensa).

³⁴ Antes de la conquista de Alhama, la Virgen se aparece a Rodrigo y le dice lo siguiente: «¡Oh caballero tan devoto mío! Sepas que porque tus deseos son muy agradables al servicio de mi amado hijo Jesucristo e mío, tú irás seguro en paz y tomarás aquella ciudad, e la sosternás y defenderás, y ésta será cuchillo y el comienzo de toda la destrucción del reyno de Granada y de toda la morería del mundo» (Historia, pág. 200). Camino de Alhama, con mil quinientos caballeros y ocho mil peones, «fue tanto secreto e tan bien ordenada su partida del marqués con todas sus gentes, que llevando su vía por medio del reyno de Granada, nunca fueron sentidos, porque placía a Nuestra Señora la Virgen María, como por ella le fuese así otorgado» (ibídem, págs. 200-201). El ejército de don Rodrigo emula aquí, en sentido contrario, los llamativos tránsitos milagrosos que realizaban ya en el siglo XIII los cautivos recordados por Pero Marín. Desde luego, estas connotaciones providencialistas no son exclusivas de la *Historia del marqués*, más bien constituyen el reflejo de un fenómeno generalizado (J. CEPEDA ADÁN: «El providencialismo en los cronistas de los Reyes Católicos», *Arbor*, n.º 59, 1950, págs. 177-190). Sí resulta curiosa la aplicación de estas claves interpretativas, no sólo a los grandes proyectos políticos, sino incluso a la realidad más cotidiana de la frontera. Respecto a las reiteradas informaciones de adalides y tornadizos de todo tipo, la *Historia* concluye que «como el marqués jamás nunca dél se partiese aquel inflamado deseo del servicio de Dios, siempre por su mano le eran revelados muchos secretos, en que más largamente le pudiese servir» (ibídem, pág. 269).

³⁵ «Según estos fechos de caballería, bien parece el marqués de Cádiz a los nobles antiguos el conde Fernán González e Cid Ruy Díaz, nuestros naturales, e a otros nobles romanos, así como Plácido, que fue capitán del Emperador Trajano, que fizo muy grandes destrucciones en los bárbaros que facían gran guerra al Imperio romano. E aun algunas veces aconteció, en sólo oírlo mentar o verlo venir con sus batallas, caer algunos dellos muertos en tierra del gran temor y espanto que le tenían. El cual mereció ser

Realmente, no cabe más idealización. Sin embargo, este hieratismo historiográfico no convierte el texto en un panegírico vacío y estéril. El autor utilizó fuentes directas sobre la guerra, tales como cartas del marqués a los reyes (algunas aparecen literalmente transcritas) o, tal vez, relaciones confeccionadas en el mismo campo de batalla. De esta forma, la frontera aparece reflejada con gran realismo: su inseguridad, las características de unas formas de guerra peculiares, sus protagonistas, e incluso algunas parcas descripciones sobre la geografía, la topografía, las fortalezas, las gentes y la vida del otro lado.

Se trata de un territorio en guerra, pero muy transitado. Multitud de personajes típicamente fronterizos quedan retratados en la *Historia del marqués* con perfiles nítidos y descripciones exactas de sus actividades: adalides, tornadizos, alfaqueques, escaladores, cautivos...³⁶.

La única distorsión de la realidad de la linde viene dada por los condicionamientos asumidos desde la propia concepción del texto, en el que el protagonismo cotidiano de unos hombres que se debatían entre el heroísmo y los intereses más prosaicos queda eclipsado por el del marqués de Cádiz, que polariza cuanto de loable ofrece la vida en la frontera. El «caudillo más eficiente de la guerra de Granada»³⁷ puede ser presentado como «el más bien andante caballero» al servicio de los reyes³⁸, pero no deja de ser un «caballero que sabía bien el estilo de la guerra» fronteriza³⁹.

Santo y bien aventurado y fue llamado Santo Estacio, y no menos se espera deste noble caballero marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León» (Historia, pág. 242).

³⁶ Sobre todos ellos véanse, entre otros muchos, los estudios de E. BENITO RUANO: «Ortega, el escalador», *En la España Medieval*, 2 (1982), págs. 147-160; J. de M. CARRIAZO Y ARROQUIA: *En la frontera de Granada. Homenaje al profesor Carriazo*, vol. I (Sevilla, 1971); M. GARCÍA FERNÁNDEZ: «La Alfaquequería Mayor de Castilla en Andalucía a fines de la Edad Media. Los alfaqueques reales», *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista* (Málaga, 1988), págs. 37-54; M. GONZÁLEZ JIMÉNEZ: «La frontera entre Andalucía y Granada: realidades bélicas, socio-económicas y culturales», *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla. Actas del Symposium Conmemorativo del Quinto Centenario* (Granada, 1993), págs. 87-115; M. ROJAS GABRIEL: *La frontera entre los reinos de Sevilla y Granada en el siglo XV (1390-1481). Un ensayo sobre la violencia y sus manifestaciones* (Cádiz, 1995); M. ROJAS GABRIEL y D. M. PÉREZ CASTAÑERA: «Aproximación a almogávares y almogaverías en la frontera con Granada», *Estudios de Frontera. Alcalá la Real y el Arcipreste de Hita* (Jaén, 1996), págs. 569-582; y J. TORRES FONTES: «Los alfaqueques castellanos en la frontera de Granada», *Homenaje a don Agustín Millares Carlo*, tomo II (Gran Canaria, 1975), págs. 99-116, y «El adalid en la frontera de Granada», *Anuario de Estudios Medievales*, 15 (1985), págs. 345-366.

³⁷ J. de M. CARRIAZO Y ARROQUIA: «Historia de la Guerra de Granada», *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, tomo XVII, volumen I (Madrid, 1969), pág. 901.

³⁸ *Historia*, pág. 294.

³⁹ *Ibidem*, pág. 223.